

1, Obsesivos, moralizantes religiosos y homofobia

Cristianisme i Justícia, 28 junio 2016 [Religión Digital]

Con demasiada frecuencia, de una manera o de otra, nos llegan noticias desagradables y preocupantes de personas o grupos que tienen comportamientos que expresan una evidente obsesión de homofobia. Lo que, como es sabido, consiste en la aversión o rechazo hacia la homosexualidad o a las personas homosexuales, diccionario de la RAE. Estos comportamientos siempre se manifiestan en formas de violencia, desde el desprecio o el insulto, pasando por la marginación o la exclusión, y llegando tantas veces a la agresión contra la dignidad, los derechos humanos, la integridad física o incluso la vida misma.

Estamos, pues, ante un fenómeno de consecuencias espantosamente crueles y de cuya gravedad mucha gente ni se da cuenta. Y como, por otra parte, el número de personas, que son víctimas de esta forma de violencia, es mucho mayor de lo que normalmente imaginamos, se puede asegurar que **seguir callando el sufrimiento y la humillación, que este fenómeno desencadena, es una conducta cobarde e indigna**, que colabora, desde la pasividad, de forma muy activa y eficaz, en el mantenimiento de este *crimen colectivo* en el que todos participamos por acción o por omisión de forma bastante más eficaz de cuanto podemos imaginar. También aquí se puede repetir la severa sentencia evangélica según la cual *el que tenga las manos limpias, que tire la primera piedra*.

Pero no es esto lo peor. Lo más grave, en este desagradable asunto, viene de dos frentes que suelen ser bastante activos en cuanto concierne a este problema. Me refiero al frente de *los obsesivos*, por una parte, y al frente de *los moralizantes religiosos*, por otra. Estos dos frentes se suelen aunar, los unos con los otros, en un potente colectivo, al que gustosamente se suman los *hipócritas*, excelentes colaboradores de esta renovada *Fiesta de Locos*, que ha degenerado, desde los gozosos festejos de la Edad Media, Harvey Cox, hasta las vergonzosas y crueles violencias que hoy tienen que soportar los que han nacido como son y no les queda otra salida en este mundo que aguantar la burla y la amenaza de los que se ven a sí mismos como los selectos, los sanos, los ejemplares, los que se sienten con el derecho y el deber de obligar a los demás a cambiar o desaparecer.

¿Qué demonios hay detrás de este brutal y vergonzoso embrollo, que produce y reproduce tanta crueldad desde la apariencia y la conciencia del que se piensa que está defendiendo la honestidad más pura y la sociedad más sana que imaginarse puede?

No es posible, en el limitado espacio de esta reflexión, ponerse a explicar los resultados de la enorme y certera investigación que sobre este problema se ha llevado a cabo. Sobre los resultados de lo mucho – y a fondo – que se ha estudiado este problema, me limito a pedir que los habladores y sermoneadores, que, cuando menos te lo esperas, sueltan sus sentencias irrefutables y tantas veces insultantes, nacidas de la homofobia, lo primero -me parece a mí- que deberían hacer es ponerse a leer y enterarse de que en este orden de cosas no van a poner una pica en Flandes, ni por supuesto van a resolver el asunto, soltando con más desparpajo que sapiencia sus despiadadas condenas contra las víctimas de la homofobia. No, ¡por favor! **Si tuvieran alguna idea de lo que sueltan, no se atreverían a decir lo que dicen.** El tema es demasiado serio como para despacharlo con cuatro bravuconadas que suenan a burda palabrería de gente que no da para más.

Esto supuesto, me quiero fijar aquí en la obsesiva homofobia que con frecuencia se advierte, se nota, se palpa en no pocos “hombres de Iglesia”. Un hecho que llama la atención tanto más cuando sabemos que, por lo que relatan los evangelios, **Jesús jamás se preocupó de este asunto.** Ni hizo la más mínima alusión a él. El Evangelio no vio peligro alguno en la condición sexual de los humanos. Como es bien sabido, fue el apóstol Pablo quien rechazó con toda energía la homosexualidad Rm 1, 26-27, que la considera, no solamente como algo *malo*, sino además *antinatural*. Pero aquí es importante saber que, en la mentalidad de Pablo, es igualmente “antinatural” que los hombres se dejaran el cabello largo y las mujeres se lo cortaran 1 Co 11, 14-15. Lo mismo en Rm 1, 26 que en 1 Co 11, 14, Pablo utiliza el sustantivo *physis*, que Pablo utilizaba para expresar lo que es “natural” en el sentido más genérico y amplio de esa palabra. Llegar a otras conclusiones, más o menos precisas y concretas, depende de la mentalidad de cada uno. Los textos no dan para más.

El problema, que a muchas personas les plantea el tema de la homosexualidad, no proviene de los textos de san Pablo. Este problema se plantea desde el momento en que la sexualidad humana se reduce a la mera genitalidad. Si reducimos la sexualidad humana a la mera capacidad para engendrar, la reducimos, por eso mismo, a la mera condición animal, la capacidad de tener hijos y así perpetuar la especie. Pero sabemos que **lo específico de los seres humanos no se reduce a lo meramente biológico, sino que se define específicamente por la capacidad de dar amor y recibir amor.** Una capacidad que puede nacer, crecer y vivir lo mismo entre seres humanos de distinto sexo que entre seres del mismo sexo.

Así las cosas, los responsables de la religión, por respeto a las personas a las que se dirigen en sus enseñanzas, lo mismo que por respeto a la misma religión y su propia credibilidad, deberían ser sumamente cautos, cuidadosos y humanos. No para ganar adeptos, sino para **cuidar con el máximo respeto la dignidad e igualdad de todos los seres humanos.** Por esto, cuando un cardenal, un obispo, un sacerdote, por más que aduzca motivos religiosos, sagrados y divinos, si no respeta a las personas -a todos y todas por igual-, ¿cómo va a tener la credibilidad indispensable para hablar de Dios o de Jesús y explicar su Evangelio, de bondad y misericordia con todos los humanos por

igual? Es un dolor y una vergüenza que haya tantos clérigos que dan la impresión de que les interesa y les preocupa más el sexo que el hecho básico y fundamental de que las personas, todas las personas, se respeten y se quieran.

A propósito de este artículo desde Cristianisme i Justícia nos gustaría recomendar la película "Oraciones para Bobby" dirigida por Russell Mulcahy, protagonizada por Sigourney Weaver y nominada a dos Premios Emmy en 2009. Aquí tenéis el tráiler:

Jose María Castillo.

2, Bendecir uniones homosexuales

Cristianisme i Justícia, 23 marzo 2018

Si se bendijeran las uniones homosexuales, se estaría cooperando con *un acto moralmente prohibido, sin importar cuán sinceras sean las personas que buscan la bendición*. Como consecuencia de ello, *se minaría gravemente el testimonio de la Iglesia sobre la naturaleza del matrimonio y la familia*, además de confundir y desorientar a los fieles. Por eso, los sacerdotes y diáconos tienen prohibido tomar parte, atestiguar u oficiar *cualquier tipo de unión civil de personas del mismo sexo o cualquier ceremonia religiosa* que busque bendecir tales uniones. Quien se manifiesta así de contundente es Charles Joseph Chaput, arzobispo de Filadelfia, EE UU. Con esta medida, concluye, no se rechaza a las personas, sino, simplemente, se sostiene *con claridad lo que sabemos que es cierto sobre la naturaleza del matrimonio, familia y dignidad de la sexualidad humana*.

La singularidad de estas declaraciones no reside solo en la negativa y crítica argumentación que aportan, sino en sus interlocutores: los obispos alemanes. Éstos, como ya es sabido, defendieron en su Informe para el Sínodo de Obispos de 2015 que *la orientación sexual era una disposición inmutable y no una elección particular* y que, por eso, a la gran mayoría de los católicos alemanes les irritaba el discurso que entendía la condición, comportamiento y unión homosexual como intrínsecamente desordenados. Guste o no, sostuvieron los prelados alemanes en aquella ocasión, existe una diversidad de orientación sexual con fundamento en la naturaleza de cada persona. Esta realidad explica que aumente el número de católicos alemanes que, sin igualarlas con el matrimonio, las acepten cordialmente. Ha llegado el momento de revisar, proponían algunos teólogos, la supuesta consistencia de la ley moral natural a la que se ha venido recurriendo hasta hoy en lo referente a uniones homosexuales.

Pues bien, en coherencia con dicho posicionamiento, y prolongando la invitación del papa Francisco a que los homosexuales puedan *contar con la ayuda necesaria para comprender y realizar plenamente la voluntad de Dios en su vida*, Amoris laetitia, Franz-Josef Bode, obispo de Osnabrück y vicepresidente de la Conferencia Episcopal Alemana, ha propuesto la conveniencia de pensar en una bendición de las uniones homosexuales, dejando bien claro, que no deben *confundirse con un enlace matrimonial*. *El silencio y los tabúes sobre este asunto*, ha argumentado, *solo crean confusión y no conducen a nada*. El mismo cardenal Reinhard Marx, presidente de los obispos alemanes y miembro del llamado C-9 que asesora a Francisco en la

reforma de la Iglesia, ha informado, más recientemente, de la creación de un grupo de trabajo al que se ha encomendado *preparar* el oportuno debate sobre la posibilidad de bendecir dichas uniones. No existen al respecto, *reglas* o *soluciones generales* que aplicar mecánicamente, sino una decisión que ha de estar fundada en un ponderado discernimiento realizado entre los demandantes y el sacerdote o el diácono habilitado para ello. Hay que finiquitar, ha venido a sostener, la casuística que ha hecho correr ríos de tinta estos últimos siglos y dejar, en sintonía con el corazón del Evangelio, que el discernimiento, articulación de lucidez y entrañas de misericordia, tenga la entidad que presentaba en Jesús.

Éstos son los interlocutores y argumentos de los que se desmarca el arzobispo de Filadelfia. Por eso, una eventual decisión de la Conferencia Episcopal Alemana en este sentido, ha declarado, *resuena inevitablemente en la Iglesia y, por supuesto, aquí*, es decir, en EE. UU. y en todas las partes del mundo. *Cualquier rito de ese tipo*, finaliza, de manera tan grandilocuente y gratuita como crítica, *iría en contra de la Palabra de Dios y de la constante enseñanza y creencia católica*.

Vistos los debates y posicionamientos habidos al respecto en los Sínodos de 2014 y 2015, creo que no es un disparate sostener que una buena parte del episcopado estadounidense participa de esta crítica. Y con ellos, la gran mayoría de los obispos africanos, así como bastantes de los prelados de Europa del este; con Polonia al frente. Sospecho, y no pasa de ser una mera sospecha personal, que, muy probablemente, también la comparten no pocos de los obispos españoles, habida cuenta, por ejemplo, de los intentos de torpedear, por parte de su sector más beligerante, la Encíclica *Amoris laetitia* y ante el silencio de la gran mayoría.

¡La de problemas que se podrían ahorrar los papas y, con ellos, Francisco si los católicos intervinieran, como sucede actualmente en la gran mayoría de las diócesis alemanas, en la elección de sus respectivos obispos! Seguro que así estarían más atentos a recoger lo que piensan los católicos sobre éste y otros asuntos. Y, como fruto de ello, *su magisterio sería mucho más inculturado y gozaría de mayor acogida*.

Jesús Martínez Gordo